



Vargas Llosa, Mario

Literatura y política

Monterrey: FCE-ITESM, 2001

(Cuadernos de la Cátedra "Alfonso Reyes").

LITERATURA Y POLÍTICA ES EL TÍTULO de la conferencia impartida por Mario Vargas Llosa en el Tecnológico de Monterrey en el año 2000. Ésta viene a sumarse a más de una docena de ponencias de importantes invitados a la Cátedra "Alfonso Reyes", cuyos trabajos se han publicado como cuadernos en la colección homónima.

Un lúcido prólogo del académico Gonzalo Celorio sobre las obras del escritor, con referente extratextual, precede los apartados que integran el libro: "Literatura y política: dos visiones del mundo" de Mario Vargas Llosa; además de un par de reflexiones del moderador Raymond L. Williams, "Literatura y política: las coordenadas de la escritura de Mario Vargas Llosa" y "Diálogos: la invención de una realidad".

En su primera participación, Williams —con alcances de biógrafo e historiador—, se propone dar respuesta a tres preguntas: ¿cómo es la política de Mario Vargas Llosa?, ¿qué hay en su formación que nos ayude a entender sus posiciones políticas? y ¿cómo es la política de sus novelas? Así, Williams se aventura a rastrear desde la influencia de una familia conservadora y tradicional en el escritor, su estancia en Arequipa, su formación política a partir de los trabajos de Jean-Paul Sartre, sus años de universitario y periodista durante la dictadura de Manuel Arturo Odría en Perú, el predominio de la Revolución cubana en los escritores del *boom*, hasta las lecturas políticas y económicas realizadas en Washington a principios de los años ochenta.

Por otro lado, el segundo texto de Williams está conformado por un intercambio de preguntas y respuestas con Vargas Llosa, diálogo sostenido con el autor con motivo de su ponencia.

La exposición de Mario Vargas Llosa “Literatura y política: dos visiones del mundo”, nos lleva a discernir cuáles son los terrenos de la literatura, cuáles los de la política y dónde y cuándo convergen ambas en su obra.

Su disertación empieza por considerar cómo la literatura de nuestro tiempo, la de los más jóvenes, se ha apartado de la política, a tal grado que en muchos casos ésta es totalmente negada y, si se la representa, es como una actividad mediocre, pedestre y ruin. Algo muy distinto, señala el autor, ocurría “cuando empecé a sentir la vocación literaria. Política y literatura parecían asociadas, aunque fueran distintas, en una empresa común. Para los intelectuales de mi tiempo escribir era actuar” (45). Escribir, entonces, afirma el novelista, no era un ejercicio gratuito, no era una gimnasia intelectual. No, se trataba de una acción con reverberaciones sobre todas las manifestaciones de la vida, una actividad esencialmente social.

En ese contexto, agrega: “cuando comencé a escribir; no me sentía un político, pero hubiera sido para mí imposible concebir una literatura que estuviera totalmente de espaldas a la política”. Y asevera: “El efecto político más visible de la literatura es el de despertar en nosotros una conciencia respecto de las deficiencias del mundo que nos rodea para satisfacer nuestras expectativas, nuestras ambiciones, nuestros deseos, y eso es político, ésa es una manera de formar ciudadanos alertas y críticos sobre lo que ocurre en rededor” (53).

Ya en pleno debate y con sobrados ejemplos de novelas de sus autores favoritos (Balzac y Flaubert, entre otros), plantea que una obra debe ser independiente de la postura política de su autor, con esta convicción, concibe la literatura como “el mejor antídoto que ha creado la civilización frente al conformismo” (54), pues

todo poder, incluido el democrático, pero sobre todo el poder autoritario, el totalitario, aquel que quiere controlar el movimiento de la sociedad, la vida entera de un país, de una nación, quiere siempre convencernos de que la vida está bien hecha, de que la realidad que ese poder maneja, organiza, encamina, va en buena dirección y que vivimos en el mejor de los mundos. Es natural, ésa es la justificación de todo poder. Pero mientras exista la buena literatura en una sociedad, no habrá poder que pueda convencer a ese público de lectores de que la vida está bien hecha [...] (53).

El mundo de la literatura y el arte es el mundo de la perfección, aquel donde la belleza (la cual en última instancia le da independencia, verdad y autenticidad), nos enfrenta a lo acabado, a lo absolutamente abarcable con el conocimiento, con la conciencia y, además, lo hace con una visión esférica que nosotros jamás llegamos a tener de la realidad, añade el novelista.

Por último, Vargas Llosa propone una conclusión provisional: “la literatura no debe ser política, en todo caso, no debe ser sólo política, aunque es imposible para una buena literatura no ser —y subrayo también— política. Es decir, dar cuenta de la problemática social, del debate sobre los problemas del común, los problemas compartidos y su solución” (66).

La perspicacia y riqueza de este ensayo sólo nos lleva a compartir lo dicho por Gonzalo Celorio: “Aun cuando [Vargas Llosa] ha querido zambullirse en las turbias aguas de la política [...] qué bueno [...] que no haya prosperado en ella porque, como se desprende de *El pez en el agua* y como dijo al respecto Carlos Fuentes, muchos pueden ser presidentes del Perú, pero nadie más que Vargas Llosa puede escribir novelas de Mario Vargas Llosa” (11). (MLRP)